

peso de las obligaciones que nos imponen, pues lo mismo creían los hijos del Zebedeo, y sin embargo manifestaron, abandonando á su maestro, lo que se puede esperar de un ambicioso. Tengamos presente, que cuanto mas nos elevemos á la cumbre de los honores, tanto mas lastimosa ha de ser un día nuestra caída. Jamas se aparte de nuestra imaginacion la respuesta de Jesucristo á sus pretendientes discípulos, y considerándola detenidamente, seguros podemos estar de que no conseguirá deslumbrarnos el falso resplandor de los bienes terrenos. Renunciemos, despreciemos á estos, si no queremos ser excluidos para siempre de la participacion de los bienes celestiales.

SERMON.

AÚN EN ESTA VIDA ES RECOMPENSADO
DE ALGUN MODO EL JUSTO,
Y CASTIGADO EL PECADOR.

PARA EL JUÉVES DESPUES DE LA DOMINICA SEGUNDA
DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Homo quidam erat dives, qui induebatur purpura et bysso, et epulabatur quotidie splendide, et erat quidam mendicus, nomine Lazarus, qui jacebat ad januam ejus, ulceribus plenus, cupiens saturari de micis, quæ cadebant de mensa divitis, et nemo illi dabat.

Habia un hombre rico que vestia púrpura y seda, y daba todos los dias convites espléndidos. Á su puerta estaba un mendigo, llamado Lázaro, lleno de llagas, esperando con ansia las migajas que caian de la mesa, y nadie se las daba.

S. Lucas, c. 16. v. 19, 20 y 21.

El ignorante, que deteniéndose en la superficie exterior de las personas y cosas que le rodean, no pasa á reconocer el interior, se expone á formar unos juicios muy equivocados de ellas. Deslumbrado por el brillante resplandor del orópel, suele comprarle á un precio muy subido, como si fuera oro verdadero. ¡Qué delicioso punto de vista presentan las campanillas formadas por el agua! ¡Qué colores tan vivos y variados os-

(1) Del mismo González, y para este dia, hay otro sermón en la pág. 288 del tomo cuarto de los de *Mision*, dirigido á probar, que no es la tierra el lugar destinado para recompensar cumplidamente la virtud y dar el condigno castigo al vicio.

tentan los globulitos que los muchachos hacen con el agua y el jabón! Mas examinándolos de cerca, al punto conocemos su insignificante mérito; y si llegamos á tocarlos, en el momento desaparecen, dándonos á conocer que no eran otra cosa que un poquito de aire, nada. Si un necio acierta á pasar por el punto en que otro ha perdido una piedra preciosa, y la ve, la desprecia teniéndola por un pedazo de cristal, y como el bruto de la fábula, la pisa, la entierra en el lodo como cosa inútil. Uno dejado llevar de la dulzura de la miel, la gusta con ansia, sin advertir que está envuelto en ella un veneno mortífero; otro fastidiado del amargo de la quina, la desecha, no obstante ser el remedio mas eficaz, el único para conservar la salud y tal vez la vida.

Esta es la pintura mas exacta del vicio y de la virtud. El mundo ignorante, que ve retratada en el semblante del pecador una excesiva alegría y en el del justo una mortal tristeza; que observa á aquel festivo, risueño, complaciente, erguido, robusto, y á este triste, lánguido, macilento, extenuado; que encuentra á aquel en medio de los placeres, en las concurrencias, en los espectáculos, en los paseos, y á este solo, retirado de la sociedad, cerrados sus ojos á cuantos objetos le ofrece el mundo seductor, privado hasta de las mas inocentes diversiones, entregado siempre á la oracion, á la práctica de una rigurosa penitencia, de unas austeras mortificaciones; que solo ve, en una palabra, lo que agrada y atrae en el vicio, y lo que presenta de molesto y repugnante la virtud, se resuelve por aquel sin vacilar un momento. Y si tal vez se detiene á reflexionar, es solo con el fin de que sea mas glorioso el triunfo del vicio sobre la virtud. Comparemos, dice, á un Baltasar con un Job, un rico con un Lázaro... Ah! es necesario estar ciego, para no conocer que los primeros disfrutaban en este mundo la mas completa felicidad, y los segundos eran esclavos de la miseria mas extremada. Tales son los juicios y el lenguaje del mundo.

Y ¿cómo es posible que los hombres se decidieran por el partido del vicio, si no hallaran en él algun deleite, alguna satisfaccion, algun interes temporal; y que por el contrario huyeran de la virtud, siendo tan conforme á su naturaleza, si no vieran como inseparable de su ejercicio una multitud de molestias, de privaciones, de disgustos? Si al traves de los placeres

descubrieran las penas, la inquietud que lleva en pos de sí la culpa, y por entre lo austero de la virtud traslucieran la suma suavidad, las inefables dulzuras que derrama en el alma del justo, no podrian ménos de cambiar de dictámen; pero como por una parte se fijan en el exterior de estos dos contrarios, y por otra ven que los Libros santos, los Padres de la Iglesia y los doctores católicos enseñan de acuerdo, que el premio de la virtud y el castigo del crimen están reservados para otra vida, se niegan á creer que aún en esta pueda ser feliz el justo y desgraciado el pecador.

Este error es precisamente el que trato de desvanecer en esta tarde, demostrando al efecto que los justos que padecen (porque no todos se hallan gravados de miserias, como no todos los perversos nadan en la abundancia) son felices en medio de sus padecimientos, y los pecadores desdichados en el colmo de sus placeres. ¡Ojalá hubiera yo experimentado las inexplicables delicias de la virtud, como por desgracia he sufrido los inquietos y crueles remordimientos que siguen al pecado, para poder hacerlos de ellas una pintura exacta! Entónces... Mas yo espero que el Señor, movido de su infinita misericordia y de los ruegos de su bendita Madre, me dispensará los auxilios necesarios. *Ave María.*

Habiendo ántes indicado que lo que induce al hombre á despreciar el ejercicio de la virtud y entregarse al del crimen, es el fijarse en el exámen exterior de uno y otro, quiero que conozcáis los errores á que semejante imprudencia le conduce, haciéndoos notar despacio lo que opina acerca de los bienes temporales. Ve á los grandes rodeados de una multitud de viles esclavos, ocupados en estudiar sus infames pasiones, para lisonjearlas y prodigarles el incienso de las mas humillantes adulaciones: los ve entregarse con entera libertad á todos los placeres y diversiones, gozar todos los regalos y comodidades sin otra regla ni medida que su deseo, sin que nadie se atreva á contradecirles, porque la menor indicacion se consideraria como un atentado contra la excelsa dignidad de su persona; y concluye de aquí, que la grandeza es uno de los mayores bienes que pueden disfrutarse en la tierra, dando fomento en su corazon á la soberbia. Ve que los mismos ó acaso mayores be-

neficios gozan los ricos; que no hay cosa que no consigan, ni dificultad que no superen las riquezas; que si se desean palacios magníficos, briosos caballos, casas de campo, carrozas, trenes espléndidos, todo está á disposicion del que tiene dinero; que si necesita criados, luego se le presentan los de mayor habilidad; que si se halla enfermo, al punto se hace venir á los mas acreditados facultativos, quienes apresuran el viaje, para llegar lo mas pronto posible, á pesar de hallarse á mucha distancia; que si quiere regalados manjares, no hay pez en el agua, ave en el aire, carnes y frutas en la tierra, que no se presenten á saciar su apetito, su inmoderada gula. El mundo entero con todos sus bienes y delicias está obediente á la voz del oro, dicen los mundanos: no hay bien comparable á las riquezas; y hablando de este modo, desean y llaman para sí la vil codicia. Ve los placeres que rodean siempre al hombre carnal, el gusto que toma en las diversiones, aunque sean indecentes, en las conversaciones amorosas, en las canciones lascivas, en el trato familiar con las principales bellezas; cuán satisfecho está de sí mismo, al ver correspondido su amor profano; cuánto placer disfruta en presencia de su querida, á quien acompaña en casa, en el paseo, en el baile, en todas partes; ve el gran deleite que resulta del tacto impuro, de la mirada lasciva, del vil adulterio, del estupro vergonzoso, y dice: nadie puede ser feliz sin gozar los placeres de la sensualidad; y con sola esta expresion se atrae el corazon de los deshonestos.

El humo de la gloria mundana, las conveniencias del opulento, el deleite del sensual es lo que ciega á los mundanos, porque no ven mas que el exterior de sus objetos. Aquella satisfaccion de que se colma el corazon del vengativo, cuando ha tomado una completa venganza, la alegría de ver humillado á su enemigo, el regocijo que le ocasiona el feliz éxito de un litigio, tal vez injusto, el orgullo de que todos le consideren como hombre de prestigio, aún entre los magistrados, por cuya razon nadie se atreve á contradecirle ni á reclamar, aunque agobie á sus semejantes con todo género de injusticias; la satisfaccion de poder decir: nadie como yo; todos se humillan en mi presencia é inclinan la cabeza con el mayor respeto, es una gloria sin igual. El regocijo de un hombre, á quien favorece la fortuna aumentando su hacienda, proporcionándole cosechas abundantes, dejándole airoso en todas sus empresas; tomando de

aquí ocasion, para suponer que de nadie necesita, cuando de él necesitan todos; que ni los potentados de la tierra, ni el mismo monarca le igualan en comodidades y conveniencias, porque á las que estos disfrutaban reúne él la independenciam de toda dominacion y la libertad de los pesados cargos del gobierno; ni teme al hielo, ni al agua, ni al pedrisco, ni á una quiebra en sus intereses, porque esta seria una desgracia de poco momento, pudiendo repararla con los abundantes tesoros que encierran sus arcas. Cómo es posible hallar semejante felicidad sobre la tierra? Un impío Baltasar, señor de un dilatado imperio, rodeado de toda la grandeza de la corte, en medio de los aplausos y adulaciones de sus súbditos y compañeros, habitador de un suntuoso palacio, sentado á una mesa, cubierta de los mas exquisitos manjares, de los vinos mas generosos, servidos en los vasos de plata y oro que Salomon habia mandado fabricar para el servicio y ornamento de su templo; acompañado de las damas mas hermosas, mas rica y profanamente vestidas y dispuestas á complacerle, aún en sus mas injustos y detestables caprichos; en medio de un coro inmenso de músicos, cuyos acentos armoniosos no tienen mas regla que su voluntad; sin enemigos que le inquieten, sin peligros que le asusten, sin sediciones que turben su reposo... hé aquí el mas perfecto modelo de la felicidad mundana; este es el compendio de cuantos bienes puede gozar el hombre sobre la tierra: esta es la pintura que el mundo hace del pecador.

Y cuál es la suerte del justo? Siempre menospreciado, abatido, hollado de todos, hecho el objeto de la irrision y mofa de los atrevidos, retirado del mundo, enemigo de los placeres, opuesto á toda diversion, siempre triste, macilento siempre, siempre convertido en un esqueleto, sin ojos mas que para llorar, sin boca mas que para pedir el perdon de sus culpas, sin manos mas que para atormentarse, sin vida mas que para padecer; un hombre sin honor, que jamas vuelve por su causa, aunque reciba mil ultrajes; sin libertad, que en todo cree ofender á Dios; sin carne ni sangre, que despedaza la una y derrama la otra con la disciplina y el cilicio; semejante á un Hilarion, habitando en el monte como los brutos salvajes y como si no hubiera nacido para la sociedad, enterrado vivo en el concavo de una peña sin mas compañía que las fieras, sin otro alimento que las frutas silvestres, sin mas bebida que el agua,

siempre mortificándose, siempre llorando, siempre lleno de inquietudes y sobresaltos, sin olvidar jamás el juicio que le espera; semejante á un Gerónimo, que figurándosele insignificantes las penitencias ordinarias que sufría desnudo en el desierto, como que se propone abrirse el pecho en fuerza de los golpes que se daba con una piedra; semejante á un Pedro de Alcántara, envuelto en un toscó saco, huyendo de las comodidades que hubiera podido disfrutar en el palacio del emperador Carlos V, seco en fuerza de tan continuado ayuno, armado á todas horas de la disciplina, rodeado del cilicio, enemigo del sueño, del descanso y hasta de sí mismo, pues por una especie de barbarie se obligó á no dar jamás á su cuerpo el menor gusto que le pidiera; semejante á Job, privado repentinamente de todos sus ganados, de sus casas, de toda su hacienda, de todos sus hijos, reducido á la última miseria, desnudo, sin cama en que reclinarsé, cubierto de asquerosas y crueles llagas, lleno de gusanos, sin otra medicina que una teja para raerlos, despreciado de sus criados, abandonado de algunos de sus amigos, insultado de los otros, mofado de su mujer, fastidiado de su vida, abrumado de pesares, de tormentos, de todas las desgracias, destituido de todo humano socorro; semejante al mendigo del Evangelio, cubierto de úlceras extremadamente fétidas, sin más médicos que los perros que iban á lamerlas, aquejado de una hambre cruel que le hacia desear con viva ansia las migajas que caían de la mesa del rico...; este es el retrato del justo: tal es la pintura que hace el mundo de la virtud y santidad.

Sí, el mundo, que ciego con sus glorias, cierra sus ojos á la impresion de los verdaderos bienes; el mundo insensato, incapaz de conocer los verdaderos bienes del espíritu; el mundo carnal y grosero, á cuya débil penetracion se oculta lo que pasa en el interior del hombre así opina, y quiere á toda costa que opinemos como él. Mas á pesar suyo, á pesar de las contrarias apariencias con que pretende alucinarnos, y de las bellas exterioridades que nos presenta para perdernos, el justo es verdaderamente feliz y el pecador verdaderamente desdichado aún en esta vida. Aquel goza una paz envidiable, una alegría sólida, unas delicias indecibles; este lleva dentro de sí mismo un enemigo que le persigue, un verdugo que le atormenta, un tirano que le martiriza. No me detendré á manifestaros, que ni todos

los pecadores se ven tan favorecidos de la fortuna, ni todos los justos tan perseguidos de la desgracia, como se quiere ponderar. Tampoco hablaré de los punzantes cuidados anejos por lo regular á la grandeza y al poder, ni de la poca seguridad de los bienes de la tierra, del trabajo con que se adquieren, de la inquietud con que se conservan, del dolor que ocasiona su pérdida. Si en otra ocasion os ofrecí estos desengaños, como filósofo cristiano, ahora os digo, como ministro del Evangelio, que no paréis la consideracion en lo que se ve por defuera, sino que escrudiñéis el interior; que tratéis de examinar el testimonio de la conciencia de cada uno, para que podáis ver la dulce serenidad del justo y la inquieta turbacion del pecador; cuán suavizadas y almibaradas, por decirlo así, están las penalidades de aquel y rociados de cruel amargura los criminales gustos de este; que no hay delicia comparable con el ejercicio de la virtud ni tormento más agudo que el remordimiento, consecuencia necesaria del pecado.

Al modo que (es reflexion de san Agustin), al modo que un hombre, fatigado del trabajo de todo el dia é inquieto con la idea de una injuria grave que ha recibido, vuelve á casa por la noche, y salen á su encuentro á la puerta su amable consorte con sus hijos, hermosos todos, llenos de alegría y regocijo, que ufanos le abrazan, le prodigan tiernas caricias y le suplican que éntre á gozar el descanso que desea, y á tomar el regalo que le tienen dispuesto, lo que le hace olvidar absolutamente sus pesares y cansancio; así el justo, cuando acosado de persecuciones, de pesares y tormentos, se retira al interior de su alma, le sale al encuentro su conciencia, y como una esposa llena de atractivos y rebosando alegría en su semblante, le estrecha con ternura en su seno y le dice amorosa: alégrate, amigo mio, que vas á recibir el premio de tu sufrimiento; ya te tengo preparado un descanso, una paz, unos regalos deliciosos: ven, amado mio, ven: entra en el jardín de las delicias, y coge aún en esta vida miserable el premio debido á tus virtudes.

Entra con efecto el justo en el interior de su alma y descubre... Infeliz de mí, en qué empeño me he comprometido! Mártires gloriosos de Jesucristo, venid, ocupad este lugar y decidme, ¿qué os manifestaba vuestra conciencia, cuando con tanto ahinco solicitabais los tormentos y los sufriais con tan indecible alegría? Apóstol santo, ¿qué era lo que te llenaba de

consuelo en las vigilijs, en las cárceles, en los trabajos? Ilustres Marco y Marceliano, explicádnos el gozo que experimentabais clavados juntos en un madero. Pobrecito Lázaro, dínos la satisfacción que te resultaba de tus dolores y miseria. Jamas, responden, jamas hemos gozado un placer tan puro, un gozo tan consumado, un convite tan delicioso y amable.

Así es, nada en el mundo puede compararse con la tranquilidad de una buena conciencia. Ella, dice san Agustín, arroja el gusano que molesta en el exterior, no deja sentir las prisiones, las cárceles, la amargura, ningún género de trabajo. *O felix conscientie puritas!* tú conviertes al alma en un paraíso de delicias, donde está plantado el árbol de la vida y de la sabiduría celestial; tú la haces el tálamo, la esposa del mismo Dios, el palacio de Jesús, la morada del Espíritu santo. *O felix sancte conscientie jucunditas!* tú haces ver al alma que ella es el lecho feliz, en que descansa y se recrea con su amada esposa el Esposo celestial. Los varones contemplativos se arrebatan de tal modo, al querer ponderar la felicidad inmensa que disfruta el justo, que sus palabras mas bien parecen despropósitos que razones verdaderas; por lo mismo me abstengo yo de manifestar mis sentimientos en esta parte. Solo diré de paso, que el testimonio de la buena conciencia persuade eficazmente al alma de que todo un Dios es ya suyo; que posee todas las riquezas, el poder, la sabiduría, la salud, la santa amistad, las virtudes, la gloria de Dios; que este, como un esposo ciegamente enamorado, la regala, la acaricia, le da el ósculo suavísimo de su dulce paz, la embriaga en el torrente infinito de sus inmensas delicias. En la tierra, dicen con el Apóstol Orígenes y san Agustín, en la tierra están ya sentados los justos cerca del trono de la Divinidad, gozando plenamente sus inmortales delicias. Esta gloria, esta felicidad es la que llena de regocijo á los mártires en sus tormentos, á los anacoretas en su retiro, á los confesores en su pobreza, á los penitentes en sus trabajos.

Eleváos, almas justas; pisád esa tierra vil que oprime con su peso al pecador. Veníd, bebéd, embriagáos con el vino dulcísimo con que os brinda vuestro Dios en pago de vuestra fidelidad. Sabéd, pues lo asegura él mismo por el Apóstol (1), que ni el

(1) Rom. c. 8. v. 35.

hambre, ni la sed, ni la enfermedad, ni la persecucion, ni la pobreza... nada es capaz de robaros vuestro tesoro, ni de alterar en lo mas mínimo vuestra quietud ó turbar vuestro reposo. Insultád con el P. san Basilio á los mundanos, que os menosprecian y dan en rostro con vuestros trabajos; decíles que todas las glorias del mundo son nada; que todos los tesoros de la tierra son estiércol; que todos los deleites del sentido son tormentos amarguísimos en comparacion de vuestra gloria, de vuestros tesoros y de vuestros placeres: *O felix conscientie securitas!* Vosotras habéis servido á vuestro Dios, vosotras habéis agradado á vuestro Dios, vosotras sois amigas íntimas de vuestro Dios, vosotras sois amadas esposas de vuestro Dios. Soberbios del mundo, ricos de la tierra, amadores de los deleites, á todos os desafío. Decídme, ¿cuándo alguno de vosotros, ni todos juntos, habéis disfrutado una satisfacción semejante? cuándo habéis experimentado una alegría tan verdadera? cuándo habéis poseído unos bienes tan sólidos? cuándo habéis gozado una felicidad tan completa? Miserables! avergonzáos de vuestra insensatez. De vosotros habla el Espíritu santo, cuando dice (1), que *el hombre animal no es capaz de conocer los bienes espirituales con que regala Dios á sus amigos*. Huíd llenos de confusion, retiráos cubiertos de ignominia á presencia de un justo solo. ¿De qué os sirve decir, poseídos de un henchido orgullo: *similis ero Altissimo*; que no tenéis igual sobre la tierra, cebando vuestros ojos hidrópicos en la abundancia del dinero; apropiaros las palabras del avariento (2): *alégrate, alma mia, que ya nada puede faltarte*; ó las de Salomon, que *no hay gusto que no hayáis tenido, ni placer que no hayáis probado*? Cuanto mas presentes estén á vuestra memoria, tanto mas cruelmente os atormentará vuestra conciencia. Os sucede, continúa san Agustín, lo que á un hombre, rendido en fuerza del trabajo de todo el dia, maltratado de unos, injuriado de otros, habiendo perdido aquí los mil y allá los dos mil, casi desesperado se vuelve á su casa, donde creyendo hallar algun reposo, no halla sino mayores inquietudes y disgustos, porque la ve sucia, asquerosa; y su mujer sin haberle preparado alimento, cama ni comodidad alguna, sale á recibirle hecha una sierpe, prorumpiendo en gritos furiosos, en imprecaciones horribles, y ame-

(1) I. Cor. c. 2. v. 14. (2) Luc. c. 12. v. 19.

nazando su vida con una espada que empuña como desesperada. Este sí que es el retrato perfecto del pecador. Perdiendo la paciencia, la caridad, la templanza, todas las virtudes, apenas acaba de gustar aquel deleite momentáneo, aparente, aquella sombra de placer, cuando tiene su conciencia manchada, asquerosa, fétida, desesperada y armada de un agudo puñal con que le atraviesa sin cesar el corazón, diciéndole: qué has hecho, traidor? Has pecado, has perdido tu Dios, te has declarado enemigo suyo... ¿Dónde se han ido aquellos bienes, que te prometían tus fingidos amigos con el solo objeto de perderte? ¿No ves cómo ahora te desamparan, te abandonan en tu desgracia? ¿que nada hacen por sacarte del profundo abismo en que te has sumergido? por librarte de los crueles tormentos que padeces? Infeliz! te has declarado enemigo de un Dios, que tiene en su mano la vida y la muerte, la salud y la enfermedad, la riqueza y la miseria, la gloria y el infierno. Desventurado! te has rebelado contra un Dios justo, que sabe mandar á la tierra que se abra y trague á los pecadores como tú; contra un Dios, que sabe enviar fuego del cielo y devorar á los rebeldes como tú; contra un Dios, que sabe disparar rayos abrasadores, que en un solo momento convierten en pavesas los hombres desalmados como tú; contra un Dios, que sabe inundar al mundo entero, para sumergir á los hombres corrompidos como tú.

En vano se fatiga el miserable pecador en sofocar estos crueles remordimientos; su conciencia le sigue á todas partes sin dejar de acusarle. Si busca nuevos desahogos á sus pasiones, en ellos mismos le presenta el mas horrible precipicio. Quiere complacerse en su grandeza? Luego le manifiesta á Lucifer, arrojado de lo mas alto de los cielos á lo mas profundo del abismo. Se ocupa en sus comodidades? Al punto le recuerda un Baltasar, muerto repentina y desastrosamente en la noche de su tan ponderada cena. Trata de recrearse á vista de sus riquezas? En el mismo momento le trae á la memoria la desgracia de Ananías y Safira, por haber ocultado la mitad de su propia hacienda. Va á entregarse de nuevo á sus criminales placeres? Le hace ver la multitud de desdichados, cuya vida terminó en el acto mismo de su pecado. No hay consuelo para el infeliz pecador: acosado en todas partes de tan crueles remordimientos, siempre le parece ver desnuda y pendiente sobre su cue-

llo la vengadora espada de la justicia divina. Un ligero dolor de cabeza se pinta en su imaginacion como el principio de una enfermedad mortal; la muerte de un pariente, de un amigo le parece ser el pronóstico de la suya, todas las tempestades cree venir dirigidas contra su vida, y al estampido del trueno le parece ver encendido el rayo que baja sobre su cabeza. No halla sosiego ni descanso, porque le es imposible apartarse del cruel verdugo de su conciencia. No hay, dice san Próspero, valiéndose de las palabras de san Agustin, no hay en el mundo cosa que dé mayor tormento que la conciencia del pecador. Verifícase la profecía de Moises, de que el pecador experimenta los efectos de la maldicion de Dios en casa y fuera de ella, en el pueblo y en el campo, en la prosperidad y en la desgracia, en las obras, en las palabras, en los pensamientos, en los deseos. Cuando Júdas se proponía gozar el fruto de su codicia, se halla fieramente acometido de su criminal conciencia, que le llena de turbacion, le inquieta, le agita, le conduce á la desesperacion, pone en sus manos el lazo para acabar con una vida, mil veces mas amarga é insufrible que la muerte á que le conduce. Job, por el contrario, en medio de su afliccion, Daniel entre las garras de los leones, Isaías aserrado, los niños de Babilonia introducidos en el horno, Pedro en la cruz, Andres en el aspa, Estéban en medio de las piedras, rebosan de placer y de júbilo, se consideran inundados de delicias y completamente felices, viendo que se atraen por estos medios las bendiciones del cielo. El Salvador, despues de haber recibido cuantas injurias y tormentos eran capaces de discurrir las potestades infernales, abandonado de sus propios discípulos y amigos, clavado en la cruz, sin socorro ni alivio humano, gozaba á torrentes las inmensas delicias de la gloria. Entre todos los bienaventurados, aún de los mas elevados serafines, no hay ni puede haber uno siquiera tan completamente feliz, como lo era el alma bendita de nuestro Salvador, al mismo tiempo que su cuerpo sufría tan horrosos tormentos. Pero, ó desgracia! los hombres carnales ven su pasion, no su gloria: observan sus trabajos, no su felicidad; conocen sus tormentos, no sus delicias. No es sensible para ellos perder el bien infinito é incomprensible, y se desesperan y prorumpen en blasfemias contra el cielo, con solo ver en peligro la salud, las comodidades, los bienes mezquinos del cuerpo. Como jamas han gustado las dulzuras ni experimenta-

do la tranquilidad, que el bien verdadero produce en el alma del justo, no advierten su falta. Se acongojan, se dejan dominar por el furor á vista de las tribulaciones que en el día los persiguen, y no acaban de persuadirse á que sus pecados son la causa: se resisten á creer que en estas y otras mas lamentables circunstancias el justo no se altera ni se asusta, ántes bien goza la alegría, la felicidad, la gloria compatible con el estado de peregrinacion en que vive.

Abríd, Señor, los ojos de nuestra alma, para poder persuadirnos de una verdad tan interesante. Hacéd que resuenen sin cesar en nuestros oídos aquellas palabras de tanto consuelo que dirigiais en otro tiempo á los apóstoles (1): *si dejáis por mi amor los bienes aparentes de la tierra, recibiréis ciento por cada uno, aún en esta vida*; premio que, segun san Gerónimo, consiste en los bienes del espíritu, en las delicias del alma, en la tranquilidad de conciencia; bienes infinitamente mas grandes, mas dulces, mas apetecibles que los del cuerpo. ¿Qué extraño es, cristianos, que corráis tras la sombra de felicidad con que os alucina el mundo, os ciega el demonio, os engaña la carne, si no habéis gustado aquellas celestiales dulzuras? ¿Qué extraño es que aún creáis que Lázaro es infeliz y el rico dichoso? Si queréis pues poder discurrir con acierto acerca de los bienes y males de esta vida, es necesario que una vez siquiera os pongáis de parte de la virtud. Demasiado tiempo habéis gustado los placeres del vicio, y si continuáis del mismo modo, no podréis ser imparciales. Descad al ménos participar de los que suponéis males intolerables en el justo; sujetáos á la mortificacion; privad á vuestros sentidos del goce de esos falsos placeres; deponed la inclinacion por ese lujo que arruina las familias; amad la pobreza de espíritu. Solo así os libraréis de los tormentos que ahora sufre el rico, y os haréis acreedores á las delicias que el mendigo Lázaro goza y gozará por una eternidad.

(1) *Matth. c. 19. v. 29.*

SERMON.

LOS INGRATOS Á LA PROVIDENCIA

CAEN FÁCILMENTE EN LA INCRECULIDAD.

PARA EL VIÉRNES DESPUES DE LA DOMINICA SEGUNDA

DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Malos male perdet, et vineam suam locabit aliis agricolis, qui reddant ei fructum temporibus suis.

Hará perecer rigurosamente á tales malvados, y arrendará su viña á otros labradores que le paguen el fruto á su debido tiempo.

S. Mateo, c. 21. v. 41.

Por mas horrorosas é intolerables que parezcan y sean en realidad las penas con que Dios castiga el pecado del hombre, se hace increíble que este se abandone de tal modo á la perversidad de su corazon, que llegue á acusar de injusto al que es la justicia por esencia. Pero es indudable que sucede así, y con alguna frecuencia, en el día entre los cristianos. La Iglesia nuestra madre, solícita siempre en procurar nuestra felicidad por todos los medios posibles, para quitar sin duda todo recelo ó pretexto en este asunto tan delicado, nos propone en el Evangelio presente la parábola de que se valió el Salvador, para obligar á los judíos á que pronunciasen ellos mismos la sentencia de su reprobacion. Un padre de familias, les dice, tenia una viña excelente y con todas las comodidades posibles; la dió en arrendamiento á unos labradores, con condicion de que en cada año habian de darle alguna parte del fruto que produjese. Trascorrido mucho tiempo sin que los arrendatarios cumplier-